

mío.» Pero ninguno de los soldados que cavaban el hoyo para plantar en él la cruz, como tampoco ninguno de los cristianos allí presentes, se daba cuenta de que á su lado se hallaba el verdadero soberano de la Ciudad: de que pasarían los césares; pasarían los bárbaros como huracán devastador, destruyendo el Imperio; pasarían los siglos... mientras que la soberanía de aquel anciano sobre la Ciudad sería perpetua.

El sol, ya próximo á su ocaso, semejaba enorme disco de fuego. Por el Occidente, el cielo se había cubierto de púrpura y oro.

Los pretorianos se acercaron al Apóstol para desnudarle; mas él, que estaba en oración, enderezó el cuerpo y tendió la mano derecha en forma que los verdugos, como intimidados por su ademán, paráronse, permaneciendo un instante inmóviles. Los fieles contuvieron la respiración, convencidos de que Pedro iba á hablar.

Y el Apóstol, de pie sobre la colina, en el momento supremo del martirio, dió su bendición *urbi et orbi* (1).

En aquella misma espléndida tarde, otra sección de pretorianos conducía por la vía Ostiense á la plazuela de las *Aquæ Salvæ* á Pablo de Tarso. Iba también seguido de muchedumbre de conversos, á los cuales dirigía la palabra, hablando amigablemente con los más conocidos, sin oposición de los soldados, pues por ser ciudadano romano debían guardársele mayores miramientos. Más allá de la puerta *Trigémína* Pablo encontró á Plautila, hija del prefecto Flavio Sabino, y al verle el rostro surcado de lágrimas, le dijo:

—Plautila, hija de la salvación eterna, la paz sea contigo. Dame tu velo para vendarme con él los ojos en el momento de ir hacia el Señor.

Y tomándolo de manos de Plautila, prosiguió su camino, alegre y placentero, cual labriego que de vuelta del trabajo se encamina al hogar. Sus pensamientos, al igual que los de Pedro, eran serenos y apacibles como el cielo de aquella hermosa tarde. Su mirada pensativa recorría los montes Albanos, inundados de viva luz, y la amplia llanura que ante él se extendía. Recordaba sus viajes, sus fatigas, los combates de que había salido siempre victorioso, las iglesias por él fundadas en todos los países de la tierra, y pensaba que ya era hora de des-

(1) A la Ciudad y al universo.

cansar, que ya su misión estaba cumplida. Persuadido de que la semilla por él sembrada no sería destruida por los vientos de la perversidad, iba á la muerte con la fe indestructible de que en la lucha de la Verdad con el mundo, la Verdad debía triunfar. Y una paz serena, infinita, llenaba su alma...

El camino era largo; descendían ya sobre la tierra las sombras de la tarde, envolviendo las faldas de los montes, cuyas cimas resaltaban, teñidas de púrpura; volvían los rebaños á sus apriscos; de trecho en trecho veíanse campesinos que regresaban del trabajo, con los aperos de labranza al hombro; los chiquillos que jugaban alborozadamente delante de las casas suspendían sus juegos para mirar con curiosidad á los soldados y al grupo de personas que les seguían. La tarde quieta y tranquila, el ambiente diáfano, el cielo puro, ofrecían no sólo la paz y la serenidad de la naturaleza en calma, sino también una misteriosa mística armonía, que hablaba de Dios al alma extasiada de Pablo, cuyo corazón se henchía de gozo al pensar que á aquella armonía del universo él había añadido una nota sublime, antes jamás oída, la más suave, aquella sin la cual el mundo no era sino «bronce sonoro y cimbalo resonante.»

Recordaba que siempre había enseñado á los hombres la doctrina de la Caridad, del Amor: que les había dicho que, aun cuando hubiese repartido entre los pobres su fortuna, aun cuando hubiese hablado todas las lenguas, comprendido todos los misterios, sabido todas las ciencias, nada en realidad habría sido sin el amor; porque la Caridad es bienhechora, sufrida, sin envidia ni ambición, desinteresada, no vana; lo cree todo, todo lo espera, todo lo soporta (1).

Había dedicado toda su vida á inculcar esta verdad. Y ahora decía para sí: «¿Qué fuerza podrá abatirla? ¿Cuál con ella parangonarse? ¿Podría vencerla el César aunque tuviese doble número de legiones, de pueblos y de mares de los que contiene hoy su imperio?» É iba á recoger el premio de sus afanes y fatigas como un conquistador.

El cortejo dejó al cabo la vía principal y tomó hacia el Oriente, por un sendero que en breve le condujo á las *Aquæ Salvæ*. El sol se había puesto. Al llegar á este punto el centurión hizo alto con la escolta. Eran aquellos el lugar y la hora del martirio.

(1) Ep. I ad. Cor. XIII, 1-7.

Pablo cogió el velo de Plautila para vendarse los ojos; pero antes los levantó al cielo, tranquilamente, y oró. Sí; era llegada la hora suprema para el Apóstol; pero ante su vista no había sino un anchuroso camino de luz esplendorosa que llevaba al cielo; y en lo más íntimo de su alma repetía aquellas palabras que había escrito con la conciencia del deber cumplido y el presentimiento de su próximo fin.

—He combatido por el bien; he custodiado la fe, he cumplido mi deber y no me queda ya sino aguardar la corona de justicia que me está reservada (1).

IX

Roma continuaba delirando. Hubiérase dicho que la capital del orbe, por falta de dirección, empezaba á aniquilarse. Antes del suplicio de los Apóstoles fué descubierta la conjura de Pisón, á la cual siguieron tantas condenas de personajes conspicuos de la Ciudad que aún aquellos que de buena fe tenían por dios á Nerón hubieron de confesarse que era el dios de la muerte.... El luto y el terror se enseñoreaban de todos los corazones, de todos los hogares; mas los peristilos seguían adornados de yedra y de flores, porque estaban prohibidas las manifestaciones de duelo. Todas las mañanas preguntábase los romanos: «¿A quién le llegará hoy su vez?» Los sangrientos espectros del cortejo de Nerón aumentaban de día en día.

Pisón pagó con la cabeza, y en pos de él fueron Séneca y Lucano, Fenio Rufo, Plaucio Laterano, Flavio Scevino, Afranio Quinciano, y el disoluto compañero del César en sus mayores depravaciones, Tulio Senección, y Próculo, y Ararico, y Tugurino, y Grato, y Silano, y Próximo, y Subrio Flavio, en otros días muy afecto á la persona de Nerón, y Sulpicio Áspero. Unos fueron condenados por su propia ignominia, otros por sus riquezas, éstos por su cobardía, aquéllos por su valor. El César, aterrado por el número de los conspiradores, rodeó de soldados la Ciudad, manteniéndola como en asedio y enviando todos los días centuriones con sentencias de

(1) Ep. a Tim. IV, 7—8.

muerte á las personas sospechosas. Por su parte, los condenados escribían al César cartas serviles, en las que, después de adularle y agradecerle la condena, testaban á su favor de parte de los bienes para conservar el resto á sus hijos. Parecía, en suma, que el César colmase de propósito la medida para saber en que grado de abyección y de vileza habían caído los romanos y hasta cuando soportarian el yugo de su dominación despótica y sanguinaria. Tras de los conspiradores fueron exterminados sus parientes, sus amigos y aún muchos de sus conocidos. Los habitantes de los suntuosos palacios construidos después del incendio estaban seguros de que al poner el pie en la calle se encontrarían con una serie no interrumpida de fúnebres cortejos.

Pompeyo, Cornelio, Marcial, Flavio Nepote y Estacio Domicio perecieron por habérseles acusado de falta de devoción al César; Novio Prisco fué condenado por ser amigo de Séneca; á Rufo Crispo le fueron negados el agua y el fuego por haber sido marido de Popea; al gran Traseas le perdió su propia virtud; muchos pagaron con la vida el lustre de su prosapia, y aún la misma Popea fué víctima de un arrebato de Nerón.

El Senado, en tanto, se prosternaba ante el terrible dueño del mundo, erigía templos en su honor, llevaba á los dioses ofrendas votivas para la conservación de su voz, ornaba con coronas sus estatuas y consagraba sacerdotes á su culto, considerándole como un verdadero dios. Los senadores, con el corazón lleno de espanto, iban al Palatino para ensalzar el canto del monstruo y para entregarse con él á los placeres abyectos de inmundas orgías.

Pero poco á poco, sobre la tierra empapada en sangre y en lágrimas, germinaba silenciosamente, cada día con más vigor, la semilla sembrada por Pedro.

X

De Vinicio á Petronio:

«También llegan hasta nosotros, carísimo, las noticias de cuanto ocurre en Roma, noticias que tus cartas han completado. De la misma manera que cuando se arroja una piedra en el agua se forman círculos concéntricos cada vez más anchos,

así los círculos que forman las locuras y la crueldad de Nerón llegan hasta nosotros. De paso para Grecia, adonde le ha enviado el César, se halla aquí Carino, el cual se dedica á saquear ciudades y templos para reponer el exhausto tesoro imperial. La *domus aurea*, que se hace construir el Emperador en el Palatino, en realidad será de gotas de sudor y de lágrimas. Es posible que el mundo no haya visto jamás una construcción semejante; pero tampoco presencié nunca tamaña violencia. Ya conoces á Carino: Quilón, antes de convertirse, se le parecía mucho. Hasta ahora sus sabuesos no han venido por estos contornos, sin duda porque en ellos no hay templos ni riquezas.

«Me preguntas si vivimos seguros, y á esto te contestaré sencillamente que permanecemos olvidados; creo que con esto tendrás bastante. En este momento, desde el peristilo, donde estoy escribiendo, veo la tersa superficie de nuestro golfo, y en ella á Oso, que echa las redes. Mi esposa está hilando junto á mí, y en el jardín, á la sombra de los almendros, cantan gozosamente los esclavos. ¡Oh, qué dulce paz, amigo mío, y cuán lejanos los dolores y las angustias de otros días! Pero no son, no, las Parcas, como tu supones, las que nos hilan el estambre de la vida apacible. La causa de nuestra felicidad es Cristo, Dios y Redentor nuestro, que nos bendice. También nosotros conocemos la aflicción y el llanto, porque nuestra fe nos ordena llorar las desventuras ajenas; pero hay en estas lágrimas una dulzura misteriosa, un consuelo inefable: la confianza en que terminada nuestra peregrinación sobre la tierra hallaremos en el Paraíso á cuantos mueren por la fe. Para nosotros, Pedro y Pablo no han muerto, sino que han renacido en la gloria. Nuestras almas les ven, y si les lloran nuestros ojos, en cambio nuestros corazones se regocijan con su alegría. ¡Oh, sí, queridísimo amigo! Gozamos de una felicidad que nadie puede turbar, porque la misma muerte, que para vosotros representa el término de todas las cosas, no es para nosotros, los cristianos, sino el tránsito á una paz más grande, á un amor más intenso, á la bienaventuranza eterna. Y así pasan los días y los meses, sin que se altere nunca la tranquilidad de nuestro espíritu. Nuestros criados, nuestros esclavos, adoran también á Cristo, y como Cristo nos ordena que amemos á todos los hombres, les amamos como á hermanos.

«A menudo, á la hora del ocaso ó cuando riela la luna sobre las olas, Ligia y yo discurrimos sobre el pasado, que nos parece

como un sueño muy lejano, y al pensar que esta linda criatura estuvo tan cerca de la muerte, no ceso de alabar al Señor, pues únicamente Él podía salvarla y devolvérmela. ¡Ah, Petronio! ¡Tú has visto ya cuánta resignación en las adversidades, cuántos consuelos en las aflicciones, qué inefable serenidad en el trance supremo de la muerte da la doctrina de Cristo!... ¡Ven aquí, ahora, y verás cuán dulce calma nos concede en la vida cotidiana!...

«Hasta hoy, como los hombres no conocían á un Dios á quien poder amar, no se amaban los unos á los otros, y precisamente en el amor consiste la felicidad, porque ésta proviene del amor, como la luz procede del sol. Esta verdad no fué enseñada á los hombres ni por los legisladores, ni por los filósofos; no fué conocida ni en Grecia, ni en Roma; y claro es que al decir Roma, me refiero á todo el mundo. La fría y árida doctrina de los estoicos, seguida por los hombres virtuosos, templó los corazones como el acero; pero también los forja impasibles é indiferentes á todo, sin hacerlos mejores. Pero ¿á que hablarte á ti de estas cosas, si las sabes mejor que yo?

«Trataste también á Pablo de Tarso, y discurriste largo y tendido con él, y no ignoras que en comparación de la Verdad por él predicada, todos los sistemas de los filósofos y retóricos no son sino palabras vanas, voces desprovistas de sentido. Recordarás seguramente la pregunta que te hizo: «Si el César fuese cristiano, ¿no os sentiríais todos más señores de vuestra vida y de vuestra hacienda, más tranquilos y felices?» Me decías que nuestra fe es enemiga de la vida. Pues ahora te respondo que si desde el principio de esta carta no hubiera hecho otra cosa que repetir: «¡Soy feliz!» no habria expresado, ni con mucho, toda la felicidad que experimento. Acaso me objetes que mi dicha está en Ligia. No lo niego, amigo mío; pero es porque amo su alma inmortal, porque ambos nos amamos en Cristo y en este amor no hay separaciones, ni infidelidades, ni mudanzas, ni vejez, ni muerte; porque, cuando hayan pasado la juventud y la belleza, cuando nuestros cuerpos estén decrepitos, cuando llegue la hora de nuestra muerte, el amor que nos une ahora subsistirá, pues son inmortales nuestras almas. Mientras no penetró en mi corazón la luz de la Verdad, si bien estaba dispuesto á prender fuego á mi propia casa por Ligia, en realidad no la amaba, pues Cristo es quien me ha enseñado á amar, ¡Él! que es manantial inagotable de paz y

de amor. No pretendo que prestes fe ciega á mis palabras, sino que compruebes la verdad con los hechos.

«Compara vuestros placeres llenos de inquietudes, vuestras embriagueces sin objeto, vuestras orgias semejantes á banquetes fúnebres, con la vida tranquila y sosegada de los cristianos. Mas, para que puedas hacer mejor la comparación, ven á nuestras montañas perfumadas por el tomillo, á nuestros umbrios bosques de olivos, á nuestras costas cubiertas de yedra. Aquí hallarás una quietud, una calma, que nunca has experimentado en otra parte; aquí te esperan corazones que sinceramente te aman. Eres bueno y noble, y debes ser feliz; tu inteligencia perspicaz está en aptitud de conocer la Verdad; y, en cuanto la conozcas, la amarás, porque si puede haber seres que la odien, como Nerón y Tigelino, nadie puede ser indiferente á ella. ¡Oh, queridísimo Petronio! Tanto á Ligia como á mi nos consuela la esperanza de verte pronto. ¡Consérvate bueno, sé dichoso, y ven!»

Petronio recibió esta carta en Cumas, donde se hallaba de paso, con otros augustales que debían acompañar al César á Grecia. La enconada y larga pero silenciosa lucha con Tigelino tocaba á su término. Petronio comprendía que en ella había de salir vencido y se le alcanzaba también el por qué. A medida que Nerón descendía á más bajo nivel en su calidad de payaso, de histrion y de auriga; á compás que se hundía en la charca de la vida abyecta y vulgar, de su depravación morbosa, el *Árbitro de las Elegancias* iba convirtiéndose para él en fardo inútil, del que indefectiblemente había de desprenderse. Interpretaba como censura el silencio de Petronio, como sátira sus alabanzas; la mera presencia del elegante patricio ofendía el amor propio del César, al par que excitaba su envidia. Sus riquezas, sus magníficas obras de arte hacia tiempo que tentaban la codicia de Nerón y de Tigelino, los cuales le habían respetado hasta entonces en atención á su gusto exquisito y á sus conocimientos relativos á Grecia que tan buenos servicios podían prestar al primero durante el viaje á aquella provincia. Pero Tigelino no cejaba en su empeño de convencer á Nerón de que Carino superaba al *Arbíter Elegantiarum* en buen gusto y cultura y, sobre todo, de que era más apto para organizar en Grecia la recepción, los espectáculos, las ovaciones.

El Emperador al fin le dió crédito, y desde aquel instante fueron contados los días de Petronio. Pero tanto Nerón como Tigelino recordaban, no sin recelo, que aquel hombre á la sazón tan muelle y afeminado, que hacia del día noche, á quien preocupaban exclusivamente las cosas de arte, los banquetes, los festines, fué un tiempo procónsul en Betania y más tarde cónsul en Roma, cargos en los cuales había dado pruebas de admirable sagacidad y energía, y no se atrevieron á enviarle una sentencia de muerte en la misma Roma. Le creían capaz de todo, pues sabían que gozaba no solo del favor del pueblo, sino también del de los pretorianos. Ninguno de los confidentes del César podía prever que actitud tomaría Petronio en caso extremo, y por esto se estimó prudente alejarle de la Ciudad para condenarle.

He aquí la razón de que Petronio fuera invitado á trasladarse á Cumas, con otros cortesanos. Aunque desde luego vislumbró los motivos secretos de la invitación no dejó de ir, sea para no resistirse abiertamente, sea porque quisiera presentarse por última vez con rostro alegre y placentero ante los demás augustales y obtener otra victoria sobre Tigelino. Éste, en tanto, acusaba á Petronio de amistosas relaciones con Scevino, alma de la conjura de Pisón. Los esclavos que había dejado en Roma fueron detenidos, y rodeada de pretorianos su casa. Cuando el *Árbitro* lo supo no mostró la menor turbación, antes, por el contrario, á los cortesanos que tenía de visita en su espléndida villa de Cumas, les dijo, sonriendo:

—A *Barbarroja* no le gusta que le hagan preguntas inesperadas: ya veréis como se aturde cuando le pregunte si ha partido de él la orden de poner presa á mi servidumbre, en Roma.

Poco tiempo después convidó á los augustales á un banquete que se proponía dar antes de partir para «un largo viaje».

La carta de Vinicio llegó á sus manos cuando más atareado estaba en los preparativos de este «viaje». Terminada su lectura, estuvo un rato pensativo; pero no tardó en recobrar su habitual expresión de calma, y la misma noche respondió á Vinicio en los siguientes términos:

«Me alegro de que seáis felices, y agradezco vuestras bondades, con mayor razón cuanto que jamás llegué á creer que los enamorados pudieran pensar en otras personas. Pero vosotros, no sólo no me habéis olvidado, sino que deseáis atraerme

á Sicilia para partir conmigo vuestro pan y vuestro Cristo, quien, como me escribes, os colma de dichas y bienandanzas.

«Si es así, adoradle con fervor. Opino, queridísimo amigo, que Ligia te fué devuelta en parte por Oso, en parte por la plebe romana; mas si crees que fué Cristo quien te la devolvió, de poco serviría que yo te contradijese. ¡No le escatiméis los sacrificios! También Prometeo padeció para redimir al género humano...; si bien, según parece, el tal Prometeo es una mera invención de los poetas, mientras que hombres dignos de fe me han asegurado haber visto con sus propios ojos á Cristo en persona. Y convengo con vosotros en que es el mejor de todos los dioses.

«Me acuerdo muy bien de la pregunta de Pablo, y no niego que si *Barbarroja*, por ejemplo, profesase la doctrina de Cristo... me quedaría aún tiempo para haceros una visita en Sicilia, y ahí, á la sombra de los árboles, podríamos discurrir sobre todos los dioses y sobre todas las doctrinas, como en otro tiempo hacían los filósofos griegos. Pero no puedo darte sino una respuesta breve y concisa.

«No admito sino dos filósofos; uno se llama Pirrón; el otro... Anacreonte. A todos los demás, con la escuela de los estoicos griegos y romanos al frente, te los cedo de balde. La verdad, queridísimo Vinicio, se halla en lugar tan elevado que ni los mismos dioses pueden columbrarla desde la cima del Olimpo. A tí te parece que vuestro Olimpo está aun más alto, y desde su cumbre me llamas, diciéndome: «Ven y gozarás de una vista deliciosa, como no la has gozado nunca desde otro lugar.» Y será cierto, no lo niego; mas yo te respondo: «No me siento con ánimos de emprender este viaje.» Cuando llegues al término de esta carta comprenderás el motivo.

«¡No, consorte feliz de la princesa Aurora! Vuestra doctrina no se hizo para mí. ¿Cómo he de amar yo á los bitinios que llevan en hombros mi litera, á los egipcios que me calientan el agua para el baño, á *Barbarroja*... á Tigelino?... ¡Por las Gracias! Aunque me empeñara, no lo conseguiría!... Hay en Roma cien mil sujetos, y me quedo corto, ó con giba, ó con las rodillas hinchadas por la gota, ó con las piernas extremadamente delgadas, ó con los ojos redondos, ó con la cabeza descomunal, y ¿les he de amar también?... ¿Dónde quieres que halle yo ese amor, si no lo siento dentro de mi corazón? Si vuestro Dios pretende que los ame ¿por qué no les dotó de la belleza de

los hijos de Niobe, pongo por caso, cuyas estatuas has visto en el Palatino? Quien ama lo Bello, solo por esta razón no puede amar lo Feo. Se puede no creer en nuestros dioses y, con todo, amarles, como les amaron Fidias, Praxiteles, Escopas, Mirón, Lissias....

«Aun cuando quisiera seguirte adonde tu quieres conducirme, créeme, no podría. Y como, además, no quiero, hemos de inferir que la imposibilidad es doble. Tú, como Pablo, estás convencido de que un día ú otro veréis en no sé qué Campos Eliseos de allende la Estigia á vuestro Cristo. ¡Perfectamente! Pregúntale en cuanto le veas si me habria admitido á mi en su morada, con mis piedras preciosas, con mis vasos murrinos, con las ediciones de los hermanos Sosia... Esta idea me provoca la risa, estimado amigo. Pablo me dijo asimismo que por el amor de Cristo precisa renunciar á las guirnaldas de rosas, á los banquetes, á todas las comodidades. Verdad que en recompensa me prometía otra felicidad; pero le respondi que para esta nueva felicidad era ya demasiado viejo, que las rosas serían siempre una caricia para mis ojos y la fragancia de las violetas más apetecida por mi olfato que las exhalaciones de uno de *mis hermanos* de la Suburra.

«He aquí las causas de que vuestra felicidad no se haya hecho para mí. Pero aun hay otra, que he querido reservarte para el final. Tánatos me llama. Para vosotros apunta ahora el alba de la vida, mientras que mi sol se halla ya en el ocaso y me envuelven las sombras. En otros términos: debo morir, carísimo.

«No hablemos más de esto; así tenia que acabar; conoces á *Barbarroja*, y bien comprenderás lo ocurrido. Tigelino al fin ha triunfado, ó, si mejor te parece, he llegado al término de mis victorias. He vivido como se me ha antojado, y muero como me da la gana.

«No os aflijáis por ello; no me lloréis. Como ningún dios me habia prometido la inmortalidad, no me coge de sorpresa la muerte. Agrega á esto, Vinicio, que yerras al afirmar que sólo vuestra doctrina concede á los hombres la serenidad ante la muerte. ¡No! Nuestro mundo sabia, mucho antes de que tu nacieras, que apurada la copa de la vida hay que descansar, procurando cumplir este deber tranquilamente. Platón dice que la virtud es una música y la vida del sabio una armonía. Si es así, yo moriré como he vivido: virtuosamente.

«Quiero despedirme de tu esposa con las mismas palabras con que la saludé al verla por vez primera en casa de Aulo: «He recorrido muchos pueblos y he visto muchas gentes; pero jamás logré ver criatura humana que se te pareciera».

«Si el alma es algo más que lo supuesto por Pirrón, la mía irá volando á las playas de vuestro mar, y se posará junto á vuestra casa en forma de mariposa, ó, como creen los egipcios, de gavián.... No me es posible ir á visitaros de otra suerte.

«Entre tanto, que Sicilia se transforme para vosotros en el Jardín de las Hespérides, las deidades de los bosques y los campos alfombren de flores el camino de vuestra vida, y aniden blancas palomas en todos los acantos de vuestros peristilos.»

XI

Petronio no se había engañado. A los dos días recibió en Cumas la visita de un liberto, enviado por su leal y devotísimo amigo el joven Nerva, para participarle la última resolución del César.

Estaba decretada la muerte del *Árbitro de las Elegancias*. El Emperador había decidido enviarle un centurión á la noche siguiente con la orden de que no se moviese de Cumas. Algunos días después otro centurión debía llevarle la sentencia de muerte. Petronio escuchó con la mayor impasibilidad al liberto de Nerva.

— Llevarás á tu señor—le respondió—uno de mis vasos preciosos, que te entregaré antes de partir, y le dirás que le estoy cordialmente reconocido por la noticia, pues me pone en condiciones de poder prevenir la sentencia.

Dicho esto soltó una sonora carcajada, como hombre á quien se le ocurre una idea graciosa y feliz, y saborea de antemano el deleite de su realización.

El mismo día, varios esclavos fueron á invitar á los augustales que se hallaban de paso en Cumas, á un banquete que había de celebrarse por la noche en la villa del *Árbitro de las Elegancias*.

Las primeras horas de la tarde las pasó Petronio escribiendo en su biblioteca; después tomó el baño, se hizo vestir mag-

nífico traje, entró en el *triclinio* para dar una mirada de hombre previsor á los preparativos del banquete, y salió al jardín donde muchachos y jovencitas griegas tejían guirnaldas para los convidados.

No se leía en su rostro la menor turbación. Que el festín tendría carácter extraordinario lo adivinó la servidumbre única y exclusivamente porque el amo hizo espléndidos donativos á los esclavos de quienes había quedado satisfecho y castigó con azotes á los que habían trabajado de mala gana ó enojádole por cualquier motivo. Ordenó que se pagase por anticipado y espléndidamente á los citaristas y cantores. Después de esto, para esperar la hora del banquete, sentóse en el jardín, debajo de una haya á través de cuyo follaje el sol se filtraba dibujando en el suelo caprichosas y movedizas manchas de luz.

Como los convidados sabían por experiencia que en comparación de los festines de Petronio los del César resultaban mezquinos y de pésimo gusto, acudieron en gran número á la villa del *Árbitro*, apenas hubo llegado la hora señalada. A nadie se le ocurrió que fuese aquel el último banquete del refinado y elegante patricio. Ciertamente eran pocos los ignorantes de que vagaban por encima de la cabeza del *Árbitro de las Elegancias* las nubes de la ira imperial, pero había ocurrido esto tantas veces y logrado siempre Petronio disiparlas con un golpe de habilidad, con una frase audaz, que á ninguno le asaltó la sospecha de que le amenazara entonces un serio peligro. Por lo demás, su buen talante, su sonrisa apacible, hubieran desvanecido en el ánimo de los invitados cualquier temor que pudiesen abrigar.

A la puerta del *triclinio*, muchachos con los cabellos recogidos en redcillas de oro, ceñían la frente de los convidados con guirnaldas de rosas, encargándoles al mismo tiempo, según la costumbre establecida, que traspasasen el umbral con el pie derecho.

El ambiente estaba impregnado de esencia de violetas; muchedumbre de luces ardían en vidrios alejandrinos de diversos matices; arrimados á la pared se hallaban los cantores y los músicos atenienses, esperando la señal de empezar. La mesa ofrecía aspecto magnífico, espléndido; pero aquel lujo no ofendía, no molestaba á nadie, pues era producto natural del ambiente. Así es que la cordialidad franca, la alegría expansiva, difundíase por el *triclinio* como la fragancia de las violetas.

Verdad que los convidados, al entrar, inmediatamente advertían que allí no había de amargarles el placer ninguna amenaza, encogimiento alguno, al revés de lo que acontecía en los banquetes neronianos, donde una manifestación de entusiasmo no bastante expresiva ó estruendosa acarrea á veces sentencias de muerte.

La vista de las ánforas de vino puesto á helar en la nieve cubierta de yedra, de las copas incrustadas de piedras preciosas, de las lámparas multicolores, de los exquisitos manjares, despertaron el buen humor, la alegría jovial de los comensales, quiénes pusieron á conversar sobre diversos asuntos con rumor semejante al de un enjambre de abejas que revolotease en torno de un ramo de flores, rumor solamente interrumpido de cuando en cuando por sonoras carcajadas ó exclamaciones admirativas.

Los convidados, antes de beber, derramaban algunas gotas de vino en honor de los «dioses inmortales» para impetrar su protección en favor del dueño de la casa. Poco importaba que muchos no tuvieran fe en los dioses: ésta era la costumbre, ésta la preocupación.

Petronio, sentado con indolencia, platicaba regocijadamente sobre las últimas noticias de Roma, sobre las carreras, sobre Espicuro, el gladiador á la sazón en moda, sobre los libros nuevos puestos á la venta por Atracto y los hermanos Sosia. Y hacia también sus libaciones; pero exclusivamente en honor de la diosa de Chipre, «la más antigua y más excelsa de todas las deidades, la única realmente inmortal, aquella cuyo imperio sobre los hombres sería eterno». Su conversación era como rayo de sol que pasase, rápido, de uno á otro objeto, iluminándolos momentáneamente; como levisimo soplo de brisa que agitase suavemente los pétalos de las flores. Al cabo hizo una señal, y sonaron las cítaras y las voces de los cantores con dulcísima armonía. Luego, un adivino egipcio, tomando en la mano una copa de cristal en que nadaban doradas de colores muy vivos, predijo á los convidados el porvenir mediante la observación del movimiento de los peces.

Cuando los augustales empezaban á cansarse de estos pasatiempos, Petronio se incorporó en su almohadón siríaco, y dijo:

—Perdonad, amigos míos, que en medio de la animación de este banquete, os dirija un ruego: deseo que cada uno de vos-

otros acepte en calidad de regalo la copa con que ha hecho sus libaciones á mi salud y en honor de los dioses...

Las copas de Petronio, de oro primorosamente cincelado, estaban incrustadas de riquísima pedrería; y, si bien en los festines de los romanos eran frecuentes los donativos de objetos preciosos, los comensales no pudieron contener la admiración y el entusiasmo. Algunos le dieron las gracias con sincera efusión y ponderaron su generosidad; otros manifestaron que ni el mismo Júpiter había hecho nunca regalos tan espléndidos á los dioses del Olimpo, y aún hubo algunos que dudaron si debían aceptar: tanto excedía el obsequio á lo usual y corriente en Roma.

Petronio, en tanto, levantó su copa murrina (1), cuajada de piedras preciosas, de un valor extraordinario y de no menos extraordinario brillo, y dijo:

—He aquí la copa con que he hecho las libaciones en honor de la diosa de Chipre... ¡No la tocarán otros labios; no se derramará el vino de ella en honor de otra divinidad!

Y, en diciendo esto, arrojó el preciosísimo vaso sobre el pavimento alfombrado de flores, donde se hizo añicos. Y como se dibujara el asombro en todos los semblantes, Petronio se apresuró á añadir:

—¡Regocijaos, amigos míos! La vejez y las enfermedades son las tristes y obligadas compañeras de los últimos años de la vida. Pero quiero daros un sabio consejo y un buen ejemplo: puede uno evitarlas, marchándose espontáneamente de este mundo antes que lleguen, como hago yo.

—¿Qué es lo que piensas hacer?—le preguntaron algunos con inquietud.

—Gozar, beber, oír música, y dormirme después con la cabeza coronada de rosas... Me he despedido ya del César... ¿Queréis oír lo que le he escrito?

Al decir esto sacó de debajo del almohadón de púrpura una carta, que leyó. Decía así:

«Bien sé ¡oh, César divino! que aguardas con impaciencia mi llegada; que tu corazón de amigo leal se consume día y noche por mí. Sé también que tienes el propósito de colmarme de dones, de nombrarme Prefecto del Pretorio, y de ordenar á

(1) Véase la nota de la pág. 122.

Tigelino que vaya á ejercer el oficio á que los dioses le destinaron, es decir, de enviarle á guardar mulas en las tierras que heredaste envenenando á Domicio. Mas ¡ay! tendrás que dispensarme, pues te juro por el Averno y por las sombras de tu madre, de tu mujer, de tu hermano y de Séneca, que me es imposible ir á tu lado. La vida es un gran tesoro y me glorio de haber sabido sacar de ella las joyas más preciadas; pero en la misma vida hay cosas que no puedo soportar por más tiempo.

«No vayas á creer, te lo ruego, que me haya disgustado que asesinaras á tu madre, á tu esposa, á tu hermano; que incendiases á Roma; que mandases al Erebo á todas las personas honradas de tu imperio. ¡No, queridísimo descendiente de Cronos! (1) La muerte, al fin y al cabo, es herencia natural y común de todos los hombres, y, por otra parte, no podía esperarse de ti otra cosa. Pero consentir que durante años y años me desgarras los oídos con tu canto y me obligues á ver tu vientre domiciano, zarandeado en una especie de danza pirrica sobre esos zancos que te pusieron por piernas, á oír tu música, tu declamación, tus versos, infeliz poeta de enrucijada... ¡ah, no, no, por todos los dioses! Eso es superior á mis fuerzas; ¡prefiero la muerte! Roma, para no oírte, se tapa los oídos; todo el mundo se burla de tí; no quiero sonrojarme más por tu cuenta. Los ladridos de Cerbero, aunque muy parecidos á tu canto, me serán menos ingratos, pues como no he sido nunca su amigo, no tengo por que avergonzarme con respecto á él.

«Consérvate bueno, pero no cantes; asesina, más no escribas versos; envenena, pero no bailes; incendia, más no toques la citara. Tal es el último deseo y el último amigable consejo del ÁRBITRO DE LAS ELEGANCIAS.»

Los convidados quedaron estupefactos, mudos de espanto, pues la pérdida del imperio habría sido un golpe menos cruel para Nerón, y bien echaron de ver en seguida que el autor de semejante carta había de morir. Muchos hasta temblaron por haberla oído.

Mas Petronio reíase con risa sincera y jovial, como si se tratase de un pasatiempo inocente. Y, envolviendo á todos los comensales en una mirada, dijo:

(1) Saturno, dios del tiempo, que, según la Mitología, devora á sus propios hijos.

—No hay que asustarse, amigos míos. Al fin y á la postre, nadie tiene necesidad de vanagloriarse de haber oído leer esta epístola. Por lo que á mi concierne... únicamente podré hablar de ella con Caronte, cuando me lleve en su barca.

Dicho esto hizo seña á su médico, y le tendió el brazo. El hábil griego, después de ceñirse fuertemente con un arete de oro, le abrió una vena. La sangre saltó sobre el almohadón y el pavimento.

Sonrióse Petronio, hizo otra seña, y sonaron de nuevo las cítaras y las voces de los cantores. Cantaron primero el *Harmodio* y luego aquella oda de Anacreonte, donde el poeta refiere que habiendo hallado un día en el umbral de su casa al hijo de Afrodita, aterido y lloroso, le cogió, le llevó adentro, le hizo entrar en calor, secó sus alas... y, en recompensa, el ingrato rapaz le traspasó el corazón con una flecha, merced á la cual huyó la tranquilidad de su alma.

Petronio escuchaba con la sonrisa en los labios, y palidecía. Terminado el canto, ordenó que trajesen otros manjares, exquisitos vinos, y empezó á discurrir sobre diversos asuntos superficiales, pero interesantes, adecuados á un festín, derrochando las sales de su ingenio.

Después llamó al médico para que le vendase la herida: sentía sueño y quiso entregarse todavía un momento en brazos de Hipnos antes de que Tánatos le durmiese para siempre. Y, en efecto, adormecióse. Al despertar, ordenó que le quitasen de nuevo la venda, y á una señal que hizo, los cantores, acompañados por las cítaras con dulce suavidad, á fin de no ahogar las palabras, cantaron otra oda de Anacreonte. Petronio iba palideciendo por momentos. Cuando se extinguieron las últimas notas del canto, se volvió á los convidados y les dijo:

—¡Amigos! convenid en que conmigo perece...

No pudo terminar la frase. Hizo un último ademán, inclinó la cabeza sobre el almohadón... y murió.
